

CAPITULO IX

Beneficios de la paz, que interrumpe la funesta alianza de San Ildefonso con la Francia: rompimiento con Inglaterra: combate del cabo de San Vicente: Nelson es rechazado de Cádiz y Santa Cruz de Tenerife.

La paz produjo inmediatamente sus beneficios ordinarios resultados: no fué necesario contraer un empréstito tan cuantioso; se restableció el crédito; los vales reales casi recobraron su valor nominal; se continuaron algunas obras de comun utilidad, y se convirtió la atención general hácia los medios de desarrollar la riqueza pública.

Pero apenas habia empezado á manifestarse tan provechosa tendencia, fué interrumpida por un nuevo rompimiento de guerra. Inglaterra y España no se habian unido en Tolon sino por un interés político, al parecer idéntico, pero muy distinto en la realidad, para separarse aún más enemigas que lo eran ya desde la independencia de los Estados-Unidos, favorecida por la casa de Borbon. Aquella malhadada alianza, imprudentemente contraída, pues no era entonces necesaria para combatir de consuno á la república, dió lugar á que la Gran-Bretaña mirase luego como una defección de la liga general, la paz de España con la Francia. Principió á demostrarlo contestando con despreciativo desden al ofrecimiento que el gabinete de

Madrid le hizo de su mediación con el francés para ajustar una reconciliación; y á este indicio se siguieron otros más declarados de proyectos contra nuestras posesiones ultramarinas.

Cuando hubo notado esto la Francia, que no habia concedido á España el papel de mediadora sino para atraerla á una alianza más íntima, con el fin de aprovecharse de su poderosa marina contra la Inglaterra, desplegó su ingenio y actividad en la corte de Madrid para conseguir un nuevo tratado. El recuerdo de su antigua rivalidad con aquella potencia por la posesión de las colonias; el dominio de los mares alcanzado por ella á costa de todas las naciones; el contrabando que inundaba la Península y la América en perjuicio de su industria y del erario de la metrópoli, fueron los argumentos que la Francia empleó para seducir á la inocente corte española; y por si ellos no bastaban, le dejó columbrar astutamente la esperanza de que un príncipe de Castilla fuese un día á ocupar el trono restaurado de Luis XVI. Godoy, árbitro entonces de esta nación desventurada, creyó puerilmente en palabras tan ha-

lagüeñas; reunió el consejo de Estado y sometió á su deliberación el punto, pero dando por sentado que la guerra era inevitable con los ingleses ó con los franceses. Semejante necesidad no existía, y sólo faltó un rey como Fernando VI, y un ministro como Carvajal, para volver á ocupar España la ventajosa posición que sostuvo en aquel reinado, solicitada por todos, sin acceder á ninguno. Acabada de salir de una guerra desgraciada con la Francia, el consejo se decidió contra la Gran-Bretaña; y como se conviniese en que la nación por sí sola no podría humillarla, se vino á parar en una alianza con la república. ¡España, la monárquica y católica España, unida en lazo fraternal con la Francia revolucionaria y atea! ¡Carlos IV abrazado con la república que habia decapitado un rey! ¡Un rey, que era jefe de su propia casa!

¡El consorcio no pudo ser más completo, ni más imprudente, ni más degradante para la monarquía! «Artículo 1.º Habrá perpetuamente una alianza ofensiva y defensiva entre S. M. C. el rey de España y la república francesa. 2.º Las dos potencias contratantes se garantizarán mutuamente sin reserva ni excepción alguna, y en la forma más auténtica y absoluta, todos los estados, territorios, islas y plazas que poseen y poseerán recíprocamente; y si una de las dos se viese en lo sucesivo amenazada ó atacada, bajo cualquier pretexto que sea, la otra promete, se empeña y obliga á auxiliarla con sus buenos oficios, y á socorrerla luego que sea requerida, según se estipulará en los artículos siguientes. 8.º La requisición que haga una de las potencias de los socorros estipulados en los artículos anteriores, bastará para probar la necesidad que tiene de ellos y para imponer á la otra potencia la obligación de aprontarlos, «sin que sea preciso entrar en discusión alguna de si la guerra que se propuso hacer es ofensiva ó defensiva», ó sin que se pueda pedir ningún género de explicación dirigida á eludir el más pronto y más exacto cumplimiento de lo estipulado. 10.º La potencia requerida reemplazará al instante los navíos de su contingente que pereciesen por los accidentes de la guerra ó del mar; y reparará también las pérdidas que su-



friesen las tropas que hubiere suministrado. 12.º Los socorros estipulados en los artículos antecedentes se suministrarán en todas las guerras que las potencias contratantes se vieren obligadas á sostener, «aun en aquellas en que la parte requerida no tuviese un interés directo» y sólo obrase como puramente auxiliar. Siendo de las dos potencias la Francia la que se encontraba en aptitud hostil con todas las demas naciones ¿no era afrentoso para la España que tuviese que auxiliarla en cuantas contiendas le pluguiese entablar y sin poder siquiera preguntar la causa de sus sacrificios? ¡Hé aquí la república defendida automáticamente por monarquía española!

¿Y qué era en cambio lo que ella lograba? «Se ajustará muy en breve, decía el artículo 15.º un tratado de comercio fundado en principios de equidad y utilidad recíproca á las dos naciones, que asegure á cada una de ellas en el país de su aliada una preferencia especial á los productos de su suelo y á sus manufacturas, ó á lo ménos ventajas iguales á las que gozan en los estados respectivos las naciones más favorecidas. Las dos naciones se obligan desde ahora á hacer causa común, así para reprimir y destruir las máximas adoptadas por cualquier país que sea, que se oponga á sus principios actuales y violen la seguridad del pabellón neutral y el respeto que se le debe, como para restablecer y poner el sistema colonial de la España sobre el pié que ha estado ó debido estar según los tratados. 18.º Siendo la Inglaterra la única potencia de quien la España ha recibido agravios directos, la presente alianza sólo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y la España permanecerá neutral respecto á las demas potencias que están en guerra con la república.» Para apreciar debidamente las ventajas que España podía reportar de estos artículos, bastará observar que su industria y comercio de exportación eran nulos respecto del de la Francia, que España no estaba en lucha con ninguna potencia y sólo iba á entablarla con una nación, mientras que su contratante estaba en guerra con casi toda Europa.

¿En qué se diferenciaba, pues, el tratado de San Ildefonso del célebre *Pacto de familia*? Si



en éste eran el artículo 1.º y el 4.º los que establecía el principio de que «el que atacaba á una corona atacaba á la otra», en aquel era el 1.º el que estipulaba una alianza «perpétua ofensiva y defensiva» entre ambas naciones. El artículo 18, permitiendo á España la neutralidad fuera de la Inglaterra, era sólo «en la guerra actual». Si en el 8.º del uno se obligaban á auxiliarse con el *máximum* de sus fuerzas, en el 10 y en el 11 del otro se comprometían á reemplazarlas *al instante* y á poner en movimiento «las mayores fuerzas» que les fuese posible. Si por el artículo 17 del primero se consideraban «como si no formasen y no fuesen sino una sola y única potencia,» por el 13 del segundo se obligaban «á no tratar de paz sino de comun acuerdo y de manera que cada una de ellas obtuviese la satisfaccion debida.» Ultimamente, si el pacto de familia prescribía en los artículos 18 y 25 que los súbditos de las tres casas de Borbon serian considerados «como nacionales en cualquiera de los tres reinos para todos los efectos civiles con inhibicion de conceder igual franquicia á las demas naciones», el tratado de San Ildefonso consagraba el 15.º á anunciar otro tratado mercantil que aseguraria á cada parte en el país de su aliada una «preferencia especial» á los productos de su suelo, ó á *lo ménos* ventajas iguales á las naciones más favorecidas. Eran, como se ve, las mismas ideas colocadas en distinto sitio y con diferente lenguaje: la diferencia entre uno y otro documento era casi puramente literaria. ¡Carlos IV, exclamamos de nuevo, contratando un pacto de familia con la república francesa!...

La Inglaterra, así que tuvo noticia de semejante monstruosidad, nos declaró la guerra (Setiembre) y preparó sus escuadras contra nuestras costas y colonias. La Francia se apresuró también á servirse de su aliada. Se presentó en Cádiz una expedición de diez velas para juntarse á otra española más numerosa é ir á reforzar las guarniciones y los cruceros de las posesiones francesas de Terranova. Su éxito, si no glorioso, porque se dirigía contra establecimientos y embarcaciones comerciales casi inermes, fué afortunado.

Propuso también la Francia una tentativa

contra las factorías inglesas de Portugal, situadas á orillas del Tajo y el Duero; pero Carlos, que amaba tiernamente á su hija Carlota, casada con el príncipe del Brasil, lo rehusó, dando lugar quizá por esta consideracion privada al desastre que deploró luego la nacion entera.

Al amparo de las costas portuguesas estaban los almirantes ingleses Jerwis y Parker en observacion de la escuadra de D. José de Córdova, que cruzaba las aguas de Cádiz. No se hubieran aventurado probablemente á atacarla por la grande desproporcion de sus fuerzas, si un recio viento del Este no se la hubiese presentado inesperadamente donde se hallaban, hácia el cabo de San Vicente (14 de Febrero de 1797). Tenian ellos diez y siete navíos, y la armada española constaba de veintisiete, más diez fragatas, tres corbetas y otros buques menores, con la circunstancia de que siete de los navíos eran de tres puentes. Pero esta ventaja estaba contrapesada por los deterioros que acaba de sufrir en el Mediterráneo, por la inferior instruccion de la marinería, y sobre todo, porque Córdova era un marino, valiente sí, pero escaso de talento, sin dotes de mando y apegado á la antigua táctica. No obstante, el arrojo de presentarse al combate fué un acto que honró á los almirantes ingleses. Apenas observaron la mala disposicion que Córdova daba á su linea, maniobraron para separar seis de sus navíos; y habiéndolo conseguido, emprendieron con ellos el fuego. Bizarra fué la defensa de los españoles; mas cercados por todas partes de enemigos, cuatro tuvieron que arriar bandera, y sólo se salvaron dos por la inteligencia y la serenidad de un jóven oficial que empezó en aquel dia triste á ilustrar su nombre. D. Cayetano Valdés, que mandaba el *Pelayo* y se hallaba entre el enjambre de velas que presenciaba ignominiosamente el combate, al ver próximo á sucumbir el *Trinidad*, navío enorme de ciento treinta cañones, en cuatro puentes, atropella con un rasgo de noble indignacion la disciplina y se lanza á salvarlo por libertar á la marina española, ya que no de la derrota, de la afrenta de que el enemigo contase entre los prisioneros á la capitana y al



general vencidos. Nelson, que mandaba uno de los navíos cercadores y acaba de rendir al abordaje otro de tres puentes, dando con esta hazaña principio á su gloriosa carrera, no pudo evitar que su rival le arrancase la presa cuando ya la cogian sus garras. Jerwis y Parker no quisieron exponer á más prueba el éxito de la jornada, y se retiraron orgullosos con los cuatro navíos prisioneros. Los españoles fueron á Cádiz á devorar en el silencio de la vergüenza los insultos de la muchedumbre, que, si no era justa al repartirlos, tenía disculpa en prodigarlos. Así terminó aquel combate, que nuestra marina no ha querido recordar sino por su fecha, nombrándole *del 14*, desde la cual data su nueva decadencia, porque la córte, que la miraba ya con indiferencia, se creyó á lo sucesivo bastante justificada de su menoscupio. Pareció olvidar que «ella misma había empeñado una guerra con la primera potencia marítima de Europa.

Duraba todavía la indignacion de esta derrota cuando se presentó delante de Cádiz, con ánimo de bombarlarla, el ya contra-almirante Nelson. Empero conoció luego que serian vanos cuantos esfuerzos emplease en este sentido contra un pueblo deseoso de lavar la reciente mancha, y los dirigió contra la armada surta en el puerto, á fin de apresarla ó si no quemarla. Un considerable número de lanchas cañoneras, rivalizando en arrojo y en valor, le obligó bien pronto á abandonar también esta idea.

Incitado Nelson por el aguijon de la gloria, no se aleja de aquellas aguas sino para sorprender á España con otra expedición no ménos atrevida. Se dirige á las islas Canarias, y, contando con el efecto de una inesperada aparición, efectúan un desembarco repentino en Santa Cruz de Tenerife. A pesar de eso, la poblacion lo rechaza una y otra vez, recogiendo únicamente en el segundo ataque, para testimonio perpétuo del valor que desplegó aquella noche, una herida en un brazo, de que quedó manco. Herido él gravemente y comprometidas sus tropas, su ruina hubiera sido completa sin la generosidad del gobernador español, que le permitió reembarcarse, bajo promesa de no

volver á hostilizar aquella isla, y le envió lo necesario á su curación. Nelson, reconocido, se hizo él mismo portador de la noticia de su propia derrota á España.

Las empresas contra sus posesiones de América tampoco tuvieron mejor fortuna. Un numeroso convoy llevó á la isla de Puerto-Rico diez mil hombres, que desembarcaron en la playa de Cangrejos en el mes de Abril; pero despues de quince dias de incesantes hostilidades, sin haber logrado más que formar un campo atrincherado y dirigir un vano ataque contra sus castillos, tuvieron que refugiarse apresuradamente en sus embarcaciones, al ver que cargaban sobre ellos todas las fuerzas de la isla. Tres mil hombres, la mayor parte gente visosna, levantada en medio del peligro, bastaron bajo la direccion del gobernador Castro para conseguir esta victoria, que costó á los ingleses dos mil plazas y la pérdida de todos sus pertrechos, abandonados en el campo. La expedición contra Guatemala no fué más feliz; y la sublevacion de Caracas, promovida por ellos, que les ofreció realizar el general republicano Miranda, español de nacimiento, se les frustró también.

Más eran estas victorias defensivas demasiado estériles para que pudiesen acallar la maledicencia del pueblo, indignado de una administracion desordenada é impura y de su ignominiosa dependencia del privado. Aumentados considerablemente los gastos del Erario y consistiendo mucha parte de los ingresos en los productos de las minas de América, que entonces, á causa de la guerra, no podian llegar con regularidad, fué preciso acudir al costoso y de ordinario inhumano medio de los empréstitos. El primero fué de cien millones (Julio de 1787), y viendo que se cubria, no tardó en aumentarse en sesenta más. Con esto el odio universal se concitaba contra Godoy, á quien hacia responsable de todo cuanto producía algun mal, fuese ó no su hechura. El consejo de Estado murmuraba de él por el menoscupio que le tenía; la grandeza, considerándole casi como plebeyo, clamaba en alta voz contra el baldon de su gobierno; el clero aborrecía en él su inmoralidad, la exclusion de los obispos en la



administración y las consultas, y cierta animosidad apenas indicada contra la Inquisición; los hombres ilustrados, que por un momento fiaron en él sus esperanzas al verle unido á la Francia, se alejaron luego como juzgándole indigno de realizarlas; el pueblo, por último, le aborrecía como al autor de todos sus males. La indignación general llegó á su colmo cuando se le vió recibir tierras y otras donaciones de la corona, que se llamaban defraudaciones, creyéndolas hechas por él mismo, y cuando para mayor escándalo y para mengua del trono, se le vió casarse con la hija mayor del infante D. Luis, prima hermana del rey, conocida por la condesa de Chinchon. Concibiéronse proyectos contra su poderío, que tuvo la fortuna de descubrir; pero que bastaron á patentizarle el odio que se le profesaba y á sugerirle la idea de un cambio de sistema, si no real, aparente, en su política interior.

Aconsejado por Cabarrús, que había recuperado su favor, llamó al ministerio á dos hombres que gozaban grande fama de saber, virtud y patriotismo, para que le sirviesen de égida: el uno D. Francisco Saavedra para el ministerio de Hacienda, y otro el ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos, á quien fué la orden real á sacar de su pacífico retiro de Asturias para llevarlo á ocupar la silla de Gracia y Justicia. La reina, viendo tal vez en la fama de la virtud de Jovellanos una reconvencción, se opuso tenazmente á su nombramiento; pero el favorito halló medios de hacer prevalecer su interés. Jovellanos mismo fué quien estuvo cercano á satisfacerla en su aborrecimiento. Apenas oyó á Cabarrús cuando salió á recibirle, quiso con empeño volverse á Asturias, y sólo los ruegos pudieron obligarle á terminar el viaje. Pero cuando penetra en la corte, todo parece gritarle que huya de aquel charco insidioso y corrompido. Convidado á comer por el príncipe de la Paz, apenas se ve libre de su enojosa presencia y entre sus amigos, prurumpe dolorosamente en estas exclamaciones: «Todo amenaza un ruina próxima, que nos envuelve á todos. Crece mi confusión y aficción de espíritu. El príncipe (de la Paz) nos llama á comer á su casa: vamos mal vestidos. A su lado

derecho la princesa: al izquierdo la Pepita Tudó... Este espectáculo acaba mi desconcierto... mi alma no puede sufrirle. Ni comí, ni hablé, ni pudo sosegar mi espíritu.»

Resuelto á hacer el sacrificio de su sosiego en bien de la patria, concertó con Saavedra, á quien le unió desde el primer día la simpatía de la virtud, los principios que debían regir su conducta en la difícil posición que iban á ocupar en la corte. Luego se penetraron de que todo propósito era vano, y de que su existencia en el gobierno sería incompatible con la del valido, habituado á mandar á su albedrío sin encontrar nunca oposición su voluntad, ni límite su poder. Entonces fraguaron una conspiración, que ha sido tachada de ingratitude, pero que será siempre la conspiración de las almas honradas que huyen el contacto de las malas pasiones y aman sinceramente á su patria. Se propusieron separarlo del gobierno y del palacio, desconceptuándolo en el ánimo del monarca sin atacarle personalmente; y vastó en efecto que hiciesen resonar en el bondadoso pecho de Carlos los acentos de la ciencia, de la virtud y el patriotismo, para que, sorprendido de la novedad de los consejos que oía, principiase á mirar con frialdad al hasta entonces omnipotente Godoy. Concurrieron á auxiliarles todos los que deseaban asegurar su asiento en el poder, conocedores de la rectitud de sus intenciones, dirigiendo anónimos al rey que le revelaban la infame felonía de que era víctima. Los agentes secretos de la Inglaterra coadyuvaron también con sus intrigas á destruir una base que los sucesos que sobrevinieron á la muerte de Robespierre en Francia, habían minado ya cuando más creía él asegurarla.

La muerte de la convención era una consecuencia lógica de la finación del terrorismo. Dos veces acometida en 1795, y sólo salvada por la metralla de Bonaparte, se despidió de la Francia, dejándole la constitución directorial, que es la expresión más genuina de aquella revolución, hecha en beneficio especial de la clase media. En ella se establecían dos cámaras legislativas, la de los quinientos y la de los ancianos, y se confiaba el poder ejecutivo á un directorio de cinco personas, entre las cua-



les se conservó á Carnot como para que llevase adelante el pensamiento militar de la Francia revolucionaria.

La derrota de Jourdan por el archiduque Carlos y la célebre retirada de Moreau desde Munich, quizá la hubieran puesto en peligro si las operaciones de Bonaparte en Italia no hubiesen llamado la atención de toda Europa más poderosamente. Concibiendo audaces combinaciones y ejecutando los movimientos con una precisión y oportunidad admirables, vence joven á un general encanecido en los campos de batalla, y sobre las victorias de Montenote, Milésimo, Lodi, Castiglione, Arcole y otras funda la república Cisalpina con las legaciones de Bolonia, Ferrara, el ducado de Milán y la Romanía (1796). Pasa luego á Alemania para vengar la derrota de Jourdan, desquitála á orillas del Tagliamento, salva los Alpes Julianos, y rápido como un torrente, se dirige á la capital del Austria. Francisco II no halla otro medio de detenerle que firmando en Leoben los preliminares de la paz de Campo Formio. En dos campañas había adquirido á la Francia la Bélgica y los departamentos del Rin, con la dependencia de las repúblicas Liguriana y Cisalpina, y destruido la de Venecia á pretexto de persecuciones á los franceses, agregándola á los Estados imperiales.

Mientras de esta manera parecía consolidarse la república, seguía desenvolviéndose dentro de ella la reacción anti-republicana que había empezado tras la muerte de Robespierre. Los realistas conspiraban por todas partes, y se creía que hasta dos miembros del mismo directorio, Barthelemy y Carnot, favorecían sus planes liberticidas. Viéndoles triunfar en las elecciones del cuerpo popular, el peligro de una restauración monárquica ya no fué una ilusión para cuantos habían identificado su suerte con el régimen democrático.

Asediados por ellos los otros tres directores, opusieron una conspiración á otra, valiéndose del ejército, que había peleado contra los realistas, y una noche sus dos colegas, cincuenta y tantos diputados, varios periodistas y un gran número de otros ciudadanos fueron presos de su orden y deportados á la

Guiana, posesión de la Francia en el continente Americano.

Godoy, alucinado por los planes de algunos realistas franceses, que querían extraer de la rama española su nuevo rey, entró imprudentemente en sus oscuras maquinaciones, esperando sin duda hacer olvidar al pueblo en un sólo día el odio que le profesaba. Habiéndose desgraciado el proyecto, los directores triunfantes, que tenían conocimiento de las intrigas del ministro español, pidieron con instancia á Carlos IV que lo separase.

Con todo, ni la influencia puramente moral de Jovellanos y Saavedra, ni los anónimos, ni las intrigas de la Inglaterra, ni las quejas de la Francia hubieran bastado probablemente para vencer el apego que Carlos sentía hácia su favorito, si no hubiese concurrido casualmente á debilitarlo la misma reina, enojada por las infidelidades que atribuía á su amante. Lo persuaden bastante las mismas palabras del rey al aceptar la dimisión que había hecho repetidas veces desde el triunfo que sobre él obtuvo Saavedra en el Consejo: «he venido en acceder á vuestras reiteradas instancias... quedando vos con todos los honores, sueldos, emolumentos y entradas que en el día teneis, asegurándoos que estoy sumamente satisfecho del celo, amor y acierto con que habeis desempeñado todo lo que ha ocurrido bajo vuestro mando, y que os estaré sumamente agradecido mientras viva, y que en todas ocasiones os daré pruebas nada equívocas de mi gratitud á vuestros singulares servicios» (Marzo, 28).

Los palaciegos, diestros en apreciar los hechos que en torno del trono se suceden, luego conocieron y susurraron que la administración de Jovellanos no sería de larga duración. Godoy, en efecto, no amando menos el poder por vanidad que por ambición, se disgustó luego de su apartamiento de la política; y como su desgracia con la reina no provenía de desamor ni de hastío, le fué muy fácil recuperar su cariño, y con él la gracia del infeliz monarca. Ayudóle la enfermedad que fatalmente padecieron entonces los dos ministros, porque era Carlos de los hombres cuya amistad afloja la ausencia y sólo obedecen á la acción directa del momento.



Se manifestó al público la reconciliación de la reina y su favorito con la destitución de Jovellanos, cuando apenas contaba algunos meses en el poder, y no había tenido tiempo de acreditar si su suficiencia para los negocios del Estado era tan cumplida como para el cultivo de las letras y las ciencias. La persona elegida para reemplazarle fué el tristemente célebre marqués de Caballero, talento fecundo para la intriga que, asociado á un corazón de innobles pasiones, había logrado distinguirse en una corte donde abundaban los caracteres abyectos. Era enemigo declarado de la ilustración y de cuantos la difundían, llevando su odio hasta un punto extremo de que no son capaces sino las almas depravadas.

Saavedra, á quien con error se había creído dotado de tanta ciencia como virtud, fué también poco después sustituido con D. Mariano Luis de Urquijo, hombre que ofrecía un extraño contraste con el marqués de Caballero. Espíritu ligero, atrevido y presuntuoso, había seducido las ideas nuevas, que le contaron entre sus partidarios por sólo el afán que le animaba de singularizarse en todo. Preciábase de filósofo, de político avanzado, de literato y en realidad no desmerecía completamente esos títulos, pues, aunque escaso de juicio é instrucción, se le vió seguir en el gobierno el rumbo de las reformas, distinguiéndose en combatir las tradicionales pretensiones abusivas de la corte romana.

Esta amalgama de caracteres y tendencias tan opuestas revela también la mano que arrojó del poder á Jovellanos y Saavedra, porque Godoy se había adquirido la animadversión del clero en general, y en especial de la Inquisición. Acabó de descubrirlo la persecución que sufrió luego aquel hombre ilustre, cuando el valimiento del duque de la Alcudía no era ya para nadie un misterio. Á pretexto de un elogio que del ex-ministro se hacía en una nota de la edición del *Contrato social* de Rousseau por su traductor, fué deportado á Mallorca y arrestado en la cartuja de Valdemuza. Á la enérgica representación que desde allí elevó, se le contestó encerrándole en el castillo de Bellver de la misma isla, y tratándole inhumana-

mente sin compasión de sus dolencias. La crueldad no cesó sino cuando los acontecimientos destronaron á Carlos IV, y sabido es cuánto influyó hasta el último día en su ánimo el duque de la Alcudía.

En un principio, después de la caída de los ministros reformadores, no se presentó ostensiblemente en la escena política: pero la opinión pública no dejaba por eso de atribuirle cuantos males experimentaba la monarquía.

La pérdida de las islas Trinidad y Menorca vino entonces á aumentar el odio que de nuevo empezaba á desenvolverse contra su fatal influencia. La Trinidad, situada frente á la desembocadura del Orinoco, había estado casi desierta hasta la administración de Galvez, que, comprendiendo las ventajas de su posición, había fomentado su población concediendo franquicias. Concurrieron gran número de extranjeros industrioses que convirtieron á aquella isla, antes erial, en una de las más florecientes de nuestras colonias bajo el gobierno de Chacon. Pero esto mismo contribuyó á su pérdida, porque los ingleses encontraron allí muchos partidarios que, ya opulentos, cuidaron más de conservar sus fortunas que de sostener por las armas el honor de quien se las había favorecido. Se entregó á la primera insinuación sin que en su aturdimiento el gobernador y el general de marina Apodaca acertasen á disponer otra cosa que la quema de la escuadrilla encargada de la defensa para que no cayese en poder del enemigo.

Esta pérdida, sin embargo, no era tan lamentable como la de Menorca, á la que acometieron de improviso siete ú ocho mil hombres, porque, hallándose la Gran Bretaña en guerra con la Francia, le era muy conveniente tener un punto de escala en el Mediterráneo para combatir los audaces proyectos del águila francesa, que desplegaba entonces sus poderosas alas.

Después del golpe del Estado del 18 fructidor, que salvó á la república de una reacción realista, los miembros triunfantes del directorio tuvieron que luchar contra las exigencias de los demócratas exaltados, que querían preservarse de nuevos peligros con enérgicas me-



didias. Difícil era sujetar estas exigencias; pero más difícil todavía atender á las obligaciones del Estado con un tesoro exhausto por las revoluciones y las guerras, siendo los asignados un papel sin valor, estando cansados los pueblos de trastornos y caído en esa glacial apatía, que es síntoma evidente de la muerte de las instituciones.

La revolución empero no había terminado ni en el suplicio de Luis XVI, ni en el de Robespierre, ni en el 18 fructidor. Desapareciendo del suelo de la Francia, parecía que se iba concentrando en un solo hombre para hacer de él una de las figuras más colosales de la historia. Cuando Napoleón Bonaparte, aquél joven oficial que rindió á Tolon, y luego salvó á la convención ametrallando á las secciones de la capital, después de haber paseado en triunfo la bandera tricolor y humillado á los primeros generales de Europa, se presentó en París, un clamor universal le saludó como á esperanza de la patria. Celoso el directorio, buscó un medio de alejarlo, y mostró á su imaginación de poeta el Egipto, aquella tierra sobre la cual ha arrojado la historia una luz seductora. Poco tiempo después el moderno Alejandro decía á sus soldados señalando á las pirámides: «Cuarenta siglos nos contemplan,» y hacía resonar en el Asia sus victorias. Hubo un momento en que, alucinado por la gloria de los campamentos, imaginó reproducir las gigantescas empresas de aquel célebre capitán del mundo antiguo; pero fué de corta duración porque su vista estaba fija constantemente en Europa.

Mientras él luchaba heroicamente en aquellos abrasados arenales, no sólo con los hombres sino con las contrariedades del clima y las enfermedades, otro ejército republicano penetra en la Suiza y cambia su constitución con una análoga á la que regía en Francia. Roma ve también en su recinto á una hueste que envía al papa prisionero á las órdenes del directorio y constituye en república sus Estados.

Nuevos terrores afijen con esto á los reyes y producen otra coalición de la Inglaterra, la Rusia, el Austria, la Cerdeña, Nápoles, y hasta la Turquía contra la república francesa. España, invitada con ofrecimientos y amenazas á

formar parte de la liga, continuó en la alianza con su comun enemiga sin arredrarse por la declaración de guerra que le hizo el autócrata de la Rusia.

Cerdeña y Nápoles rompieron las hostilidades en la primera campaña (1798) con tanta desgracia, que este reino, á consecuencia de una derrota que sufrió su ejército á la vista de Roma, se vió transformado en república con el nombre de *Partenopea*.

Al año siguiente fué más lisonjera para las armas coligadas la fortuna. El archiduque Carlos batió á Jourdan en Pfullendorf y Stakach, obligándole á trasponer el Rin: Kray derrotó á Scherer en Verona y Magnan, y su sucesor Moreau fué batido por Suwarow en Casano y en Trebia con Macdonald, fugitivo ya de Nápoles y Roma. Joubert reemplazó á Moreau para morir en la terrible batalla de Novi. Championnet, conservando las importantes líneas de los Alpes y el Apenino y Massena, guardando la del Limmath, fueron los únicos generales que en aquella campaña sostuvieron el prestigio de las armas republicanas. Pero á excepción de estas líneas y de Génova, perdieron todas sus anteriores conquistas.

La desgracia avivó las discordias intestinas de la Francia. Sieyès, buscando una espada poderosa á cuyo amparo estableciese una nueva Constitución, se puso de acuerdo con Bonaparte, que de repente abandona el Egipto y se presenta en París. Todos los partidos se alarman: los republicanos exaltados temen que venga á buscar la dictadura; los moderados confían en que va á cimentar sólidamente su dominio; los realistas esperan que empleará su espada en restaurar á los Borbones en el trono; Sieyès cree haber encontrado el brazo que necesita su cabeza, y todos se equivocan. Napoleón no va á París sino á afianzar su porvenir.

El 18 Brumario (10 de Noviembre de 1799), el consejo de los Ancianos es repentinamente convocado; lleno el salón, se levantaron algunos de los conjurados y hablan como de un peligro inminente de la vuelta del terror, anunciada por varios hechos, y concluyen pidiendo la traslación de los dos consejos colegisladores á Saint-Cloud para libertarse de la tiranía de